

PUERTO DE FURIA

Chris Hammer

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MÖTUS

CAPÍTULO 1

EL SOL SE FILTRA ENTRE las nubes y centellea, encandilándole la vista. No logra ver la pelota y batea a ciegas, con la esperanza de acertar, de no quedar eliminado, de que la pelota no lo golpee a él. Con la esperanza de librarse de la vergüenza, por esta única vez. Así que batea, con los ojos cerrados, inútiles, como si rezara. Y de algún modo, por un capricho divino, el bate logra golpear la pelota. A través del mango de madera, de la gastada empuñadura de goma y de la cuerda deshilachada, siente la potencia del golpe; el mismísimo corazón del bate conecta con la pelota. Siente cómo la pelota de críquet blanda se aplasta, se comprime y luego se expande al iniciar su arco de aceleración; se aleja como si el cielo la impulsara. Y siente, en ese momento, en ese instante, la perfección. Abre los ojos, suelta el bate y se protege la vista justo a tiempo para ver la pelota, maravillarse con ella, mientras se eleva por encima de la cerca de madera y cae en el jardín del vecino. Un seis. Seis y fuera. Eliminado, sí, pero con gloria, no con vergüenza. Sin un golpe sordo contra el cubo de basura ni un escandaloso reclamo de que la pelota le golpeó la pierna antes de tocar el *wicket*, ni risas burlonas ante una atrapada floja. Un seis. Por encima de la cerca. Una muerte de héroe.

—¡Carajo, Martin, qué tiro! —exclama el tío Vern.

—Vern, cuida la boca —lo reprende su hermana.

—El que le pega la busca —dice el lanzador, el chico de la otra cuadra.

Pero Martin no dice nada, no hace nada, no se mueve, absorbo en el momento. En el instante en que conectó. Ese momento perfecto, detenido en el tiempo.

Y entonces... suena el teléfono.

—¡Mamá, mamá! —grita Enid, o Amber, una de las gemelas, inseparables, indistinguibles. Y su madre se va, antes de poder felicitarlo por su golpe, antes de darle el reconocimiento que se merece. Se va hacia el teléfono, hacia esa llamada que divide el mundo en dos, que traza una línea clarísima entre el antes y el después.

Treinta y tres años después, Martin conduce hacia la memoria, hacia Port Silver. Una parte de él se concentra, atento a la carretera, sorteando las curvas cerradas mientras baja por el escarpe; otra se pierde en el pasado, en aquel día perfecto, el día en que un resplandor del destino, intenso y breve, dejó caer el telón sobre ellos, como el final de una obra.

Hoy el sol se filtra entre la espesura de la selva, parpadea como un estroboscopio. Entrecerrando los ojos, no alcanza a ver el océano, pero lo intuye, sabe que si frenara, si hubiera espacio en esa carretera tan angosta para detener el coche, podría verlo: el Pacífico. Está allí, más allá de los árboles, la vasta extensión azul. “¿Ves el mar?”, le pregunta su padre a través de los años, igual que lo hacía cada vez que bajaban por esas curvas cerradas. “El que ve el mar vuelve a casa sin pesar”, decía entre risas. Pero Martin nunca lograba verlo; nunca. Sin embargo, llegó un momento en que ya no le hizo falta: aprendió que estaba ahí, más allá del escarpe, más allá de las granjas lecheras, de los cañaverales y de las llanuras ribereñas, pasando el puerto pesquero, las cabañas de veraneo y la extensión de arena blanca. No podía verlo, pero lo sentía.

Y así es en este día de comienzos de otoño, mientras serpentea con el coche cuesta abajo entre eucaliptos moteados, helechos cuerno de ciervo, palmeras y cedros enredados con lianas, donde tintinean los pájaros campana. Lo siente en el aire fresco, que se vuelve húmedo y cálido a medida que desciende hacia el océano. Le crujen los oídos. Deja atrás la tirante sequedad del interior asolado por la sequía, al otro lado de la cordillera costera. Y a lo lejos, todavía invisible, pero ya imponiéndose: Port Silver. La tierra de su juventud, a la que regresa.

—¡Vern! ¡Vern! —grita su madre con la voz cargada de una emoción desconocida—. ¡Martin! ¡Chicas!

Él está trepando de nuevo la cerca de madera gris astillada y seca al tacto, con la pelota en la mano, su glorioso trofeo masticado por el perro, cuando su madre sale con estrépito por la puerta mosquitera, riendo y llorando a la vez, arrastrada por la exaltación como por una marea que avanza.

—¡Dios mío! ¡Ganamos, carajo, ganamos!

Martin mira a su tío, pero ve en Vern el mismo desconcierto ante la inédita palabrota de su hermana.

—¡Hilary? —dice Vern.

—¡La lotería, Vern! ¡La lotería, carajo! ¡El primer premio!

Martin salta de la cerca hacia un jardín que no conoce; olvida la pelota, abandona el bate. La lotería. Han ganado la lotería. “La lotería, carajo”. Vern abraza a una de sus sobrinas, ella le devuelve el abrazo, feliz, sin comprender lo que pasa, y entonces, los cinco, su madre, las mellizas, él y el tío Vern, bailan sobre la pista de bateo que tiene el pasto recién cortado, mientras el chico de la otra cuadra se aleja corriendo calle abajo, con los ojos como platos y la boca abierta, empujando la noticia hacia delante como un viento del sur: los Scarsden han ganado el primer premio. “La lotería, carajo”.

El escarpe se une a la llanura, termina la selva y se empiezan a ver las granjas lecheras: PORT SILVER, 30 KILÓMETROS,

anuncia el cartel. Martin Scarsden vuelve de lleno al presente. Port Silver, con sus fantasmas al resguardo del sol iridiscente, pero esperándolo de todos modos. Port Silver. Por el amor de Dios, ¿por qué había elegido Mandy este pueblo, justo este, su pueblo natal, para empezar de nuevo? Cruza el viejo puente sobre el Battlefield Creek, un arroyo que corre al pie de la cadena montañosa, la frontera entre el mundo natural de la escarpa y la geometría impuesta de las granjas lecheras y los cañaverales. Está a punto de cambiar a una marcha más alta, preparándose para las carreteras más rápidas de la llanura, cuando la ve: una chica que hace autostop.

Sus piernas, relucientes bajo el sol subtropical, asoman bajo los vaqueros cortados. Lleva una camiseta sin mangas que deja el vientre al descubierto; extiende el pulgar con naturalidad. “Es extranjera”, piensa Martin, “si hace autostop con el pulgar”. Tiene el cabello suelto y su sonrisa se ensancha cuando él se detiene a la vera del camino, en un claro de grava en la unión entre las montañas y la llanura, cerca del desvío hacia el ingenio azucarero. Incluso, antes de detenerse, ve al acompañante, de cabello largo y oscuro, sentado junto a las mochilas, apartado de la carretera, fuera del sol, fuera de la vista de los conductores que se acercan. Martin sonríe, comprende la treta, no se ofende.

—¿Port Silver? —pregunta la joven.

—Sí, claro. —Esta carretera no va a ningún otro sitio.

Martin usa la llave para abrir el maletero; la apertura interna de su viejo Toyota Corolla hace tiempo que está rota. El hombre carga las mochilas sin esfuerzo, las deja caer dentro, cierra la tapa. Martin puede ver los tatuajes en sus brazos esculpidos, la musculatura de la juventud, envuelta en un aroma a tabaco e indolencia. La joven sube al asiento de adelante, el hombre sube atrás, haciendo a un lado las escasas pertenencias de Martin. Ella huele bien, a algún perfume herbal. Su compañero se quita las gafas oscuras y sonríe, agradecido.

—Gracias, amigo. Muy amable de tu parte. —Alarga el brazo por encima del asiento y estrecha con fuerza la mano de Martin—. Soy Royce. Royce McAlister.

—Y yo, Topaz —dice la chica, y reemplaza la mano de su compañero con la propia—. ¿Y tú eres...? —prolonga el apretón de manos por un instante de coqueteo.

—Martin —responde, sonriendo.

Arranca el coche, sale a la carretera, desterrando los recuerdos de la infancia.

—¿Vives en Port Silver? —pregunta Topaz.

—No. Hace mucho que ya no.

—Buscamos trabajo. —Tiene acento norteamericano—. Oí que hay mucho por aquí en esta época del año.

—Puede ser —responde Martin—. El pico de las vacaciones ya pasó, los niños han vuelto a la escuela, pero tal vez tengan suerte.

—¿Y qué dices de la recolección de frutas? —Es Royce, que se inclina hacia delante; su acento es inconfundiblemente australiano, marcado y sin pretensiones—. ¿O de los invernaderos?

—Sin duda —continúa Martin—. Pero es trabajo más arduo que el de servir en un café o trabajar en turismo.

—Lo necesito por mi visa —explica Topaz—. Si trabajo durante tres meses fuera de las ciudades, me la extienden por un año más. Tomamos el tren nocturno a Longton. En Sídney, nos dijeron que por aquí sería fácil conseguir trabajo.

—Es posible. No lo sé —agrega Martin.

Cuando era niño, los invernaderos río arriba estaban llenos de migrantes, trabajadores itinerantes que se asentaban en su nuevo país. Hoy en día, por lo visto, los mochileros extranjeros son la mano de obra preferida.

Topaz sigue hablando; narra algunas de sus aventuras con un entusiasmo contagioso: cómo conoció a Royce en Goa, y él la siguió luego a Bali y después a Lombok, cómo se enamoraron y viajaron juntos a Australia. Royce hace acotaciones

ocurrentes y se ríe. Es como una representación, un diálogo a dos voces, con Martin como único espectador; él agradece la distracción. Royce se ha vuelto a poner las gafas de sol. Están torcidas, les falta una patilla, pero la deformidad no parece incomodarlo, como si todas las gafas de sol fueran así.

—Fluimos con lo que venga, amigo —dice, resumiendo la moraleja de la historia de ambos. A Martin le cuesta mantener los ojos sobre el camino y no mirarlos a cada rato. Royce en el asiento trasero con su mandíbula cuadrada, sonrisa franca y gafas desafiantes. Topaz a su lado, en el asiento delantero, el cinturón de seguridad trazando un valle entre sus pechos. Parece percatarse de la atención de él y la acepta de buen grado. Y muy pronto, Martin también se pone a hablar mientras el coche avanza hacia Port Silver por la carretera recta como una caña de azúcar; les da consejos sobre las mejores playas y rompientes para surfear, lugares para pescar y pozos donde nadar. Y de repente, Port Silver se alza ante ellos: un colegio secundario nuevo, un predio de venta de coches, un motel barato, un racimo de cadenas de comida rápida. Palmeras bajas flanquean la carretera. Está cambiado, pero sigue resultándole familiar después de veintitrés años. Topaz y Royce le dicen que los deje donde quiera, pero él insiste en llevarlos a un sitio del que han oído hablar cerca de la Playa del Pueblo, un hostel para mochileros. Y efectivamente, ahí está, una casa de madera de dos pisos, pintada de un azul llamativo. HOSTAL BAHÍA DEL CACHALOTE, dice el cartel, adornado con una ballena sonriente que guiña un ojo y levanta una aleta en señal de pulgar hacia arriba. Aparca junto al hostel, que da a la playa, y ayuda a Royce a bajar las mochilas. Casi que lamenta dejarlos allí.

A solas en el coche una vez más, no arranca enseguida. Siente la brisa cálida sobre la cara, la caricia que no ha cambiado en dos décadas, tibia, húmeda y suave, tan distinta de las ráfagas resacas del interior o el aire áspero y viciado

de Sídney. Abajo, en la playa, más mochileros disfrutaban al sol, conversando en grupos o jugando al fútbol. Siente una punzada de envidia: él nunca se dejó llevar, nunca vivió el momento, nunca se enamoró de una chica bonita en las islas de Indonesia. No hubo año sabático, ni viajes sin rumbo por Asia ni el gran viaje australiano por carretera. La adolescencia era algo que había que soportar; ¿para qué alargarla? Fue directo a la universidad y, antes de terminar la carrera, entró a trabajar en el periódico. Sus viajes fueron distintos: sudar frente a notebooks en zonas de guerra en lugar de fumar porros en Bali, entrevistar a hombres engreídos con traje en vez de atender a parroquianos excéntricos en un pub inglés, acostarse con desconocidas sedientas de cariño en lugar de enamorarse. Ahora tal vez sea diferente, vivir aquí con Mandalay y su hijo, Liam; ahora tiene la oportunidad de empezar de nuevo. No se trata de dejarse llevar, sino de aprovechar una gran oportunidad que le da la vida y abrazarla antes de que se pierda tras el horizonte y lo deje varado para siempre. Reconoce que los mochileros le han hecho un favor. Le da la espalda a la playa, arranca el coche. Se convence de que Port Silver no es el pasado, es el futuro. Un futuro que hay que construir, que darle forma. Y el futuro se ve brillante y atractivo. Mandy está aquí, esperándolo, la madre soltera a la que conoció y de quien se enamoró en un paraje perdido. Eso, en sí, es romántico también, tanto como Goa o Lombok. Siente una oleada de optimismo y anhelo; por un instante, mientras se pone en marcha, el mundo parece volver a estar en equilibrio. No ve la hora de encontrarse con ella, de empezar esta nueva vida.

Hay sangre por todos lados. Empuja la puerta, y hay sangre por todos lados. La puerta está entornada, con las llaves en la cerradura, la empuja, listo para saludar con voz fuerte... y hay sangre por todos lados. Ha dado con la casa, ha aparcado el coche, ha encontrado la puerta. Entornada. Y ahora hay

sangre. Por todos lados. En el pasillo, hay una mano estampada en la pared como una plantilla infantil, y gotas rojas salpicadas en el suelo de baldosas color crema, como dejadas por un pintor descuidado. Puede percibir ese olor metálico que lo inunda todo, que le penetra por los poros. Y en medio de la sangre, un cuerpo. Unas piernas sin vida asoman desde el arco donde termina el pasillo, enfundadas en pantalones de gabardina beige, zapatos cafés con suela de goma clara. Zapatos de hombre. El cuerpo, al cual no le ve el torso, yace boca abajo. Y la sangre sigue saliendo, avanzando, formando un charco sobre las baldosas. Por todos lados. Se frena en seco, sigue con la boca abierta, el nombre de ella en los labios, todavía sin pronunciar; el horror le invade la mente, le inunda los ojos. Siente confusión, luego pánico.

—¡Mandy! —grita—. ¿Mandy?

Se detiene. Escucha. Nada. El charco de sangre brillante se sigue expandiendo en silencio. ¿Está viva esa persona?

—¡Mandy! —vuelve a gritar, con una nota de miedo en la voz. ¿Está ella aquí? ¿Está cerca? ¿Está herida?

Avanza despacio. Ahora puede ver el cuerpo entero del hombre, las piernas extendidas hacia el pasillo, el torso en la sala, un círculo escarlata entre los omóplatos, como si se lo hubieran pintado en la camisa de lino, con el centro abierto, la carne desgarrada, sangrante. En el suelo, el charco se expande, muy rojo sobre las baldosas claras. Martin necesita superarlo, pasar junto al cuerpo y junto a toda esa sangre. Retrocede, corre, salta por encima del charco que se ha desparramado por el pasillo hasta llegar a la pared y llega al otro lado, al pie de unos escalones. El hombre está inmóvil. Martin no puede verle la cara, pero es corpulento, de pelo oscuro y con algunas canas en las sienes. Está bien vestido, la sangre le adhiere la camisa blanca de lino a la herida en la espalda.

Un asesino. Hay un asesino. ¿Seguirá allí?

—¡Mandy! —vuelve a gritar.

Empieza a reaccionar, sus pensamientos surgen del pánico, de la adrenalina y del estupor. Se agacha, se acerca al charco de sangre; se obliga a quedarse completamente inmóvil. Observa, escucha, pero no detecta señal alguna de vida. Alarga un brazo, se apoya en el marco de la puerta, justo debajo de otra huella roja; con la otra mano, palpa el cuello del hombre, le busca el pulso. No percibe nada. La carne está tibia, cede al tacto: el hombre acaba de morir. Martin tiene sangre en la mano.

El hombre sostiene algo en la mano izquierda, entre sus dedos sin vida. Una postal; parece una postal, con sangre en los bordes. Martin se inclina, se estira por encima del cuerpo, sosteniéndose todavía con un brazo en el marco de la puerta. La tarjeta, cubierta por la mano inerte y la sangre que sigue extendiéndose, parece una postal religiosa: una imagen de Cristo o de algún santo, con una aureola dorada.

Un sonido. Y es entonces cuando la ve, a través del arco que da a la sala, sentada inmóvil en un sofá, con las manos ensangrentadas, la mirada fija en el hombre muerto. Es como si no viera a Martin arrodillado allí, solo el cadáver tendido junto a él. Tiene el pelo distinto, castaño rojizo en lugar de rubio, pero no es eso lo que atrae su mirada. “Las manos ensangrentadas”. Un rastro, gotas de sangre salpicadas sobre las baldosas, la vincula al cadáver.

—¿Mandy? —Tiene sangre en la ropa, también. Habla con urgencia en la voz, pero no hay respuesta—. ¿Mandalay?

Ella lo mira, aturdida. Niega con la cabeza apenas, tal vez un gesto de incredulidad, tal vez una señal de que él no debería estar allí.

Martin piensa en su hijo de diez meses, el corazón se le desboca de preocupación.

—Mandy, ¿dónde está Liam? ¿Dónde está?

Pero ella solo niega con la cabeza. Martin no entiende qué significa ese gesto.

Saca el teléfono, casi esperando que no haya señal en esa realidad paralela. Pero la cobertura es fuerte. Cinco barras. Marca el triple cero, pide una ambulancia. Y la policía.

Ha perdido la atención de Mandy; ella vuelve a mirar el cadáver. El hombre está tendido bajo el arco, pero la sangre todavía no ha llegado hasta la sala. Sin embargo, Martin no se mueve, no va hacia ella. Busca en su teléfono el número de un bufete de abogados de Melbourne: Wright, Douglas y Fenning. La abogada de Mandy. Winifred Barbicombe. Ella va a necesitar a Winifred más de lo que lo necesita a él.